

virtud y por medio de esa lógica contradiccional del antagonismo energético que rige y funda sus constitutivos dinámicos sometiendo a ellos las fuerzas que la determinan de cualquier parte que procedan». Por otra parte, aquilata Lupasco, siempre están inscritas en la estructura necesariamente finalidades y causalidades, en cuanto potencialidades y actualizaciones energéticas que revisten por ese mismo hecho esas apariencias y que es preciso conocer, de las cuales hay que tener cuidado porque de ellas dependen las diversas orientaciones y los grados de resistencia de las estructuras más variadas.

Como decimos en la presentación que en este mismo ANUARIO hacemos de otros libros sobre el estructuralismo, éste es sin duda alguna un método, que aplicado a las ciencias sociales pretende ser, como todo método, una ordenación de las estructuras sociales teniendo en cuenta esas reglas dialécticas con las que juega el estructuralismo: los antagonismos y contradicciones, tan antiguos en la filosofía general y en la filosofía del Derecho.

Por lo que se refiere a la relación estructura-sistema, afirma Lupasco que «no es el sistema el que impone una estructura, sino la estructuración la que engendra por sí una sistematización». Y esta sistematización, en virtud de sus orientaciones polares, implicará sistematizaciones antagónicas dando lugar a lo que Lupasco llama «sistemas de sistemas en cadena». Los sistemas de sistemas, con sus estructuraciones propias, estarán en una incesante interacción y se orientarán a su vez de acuerdo con los tres tipos polares de estructura.

Se puede decir—termina el docto autor rumano—que toda la historia del mundo, y la historia en el sentido restringido del término, son la resultante, en su devenir esencial, de esa competición y de esa guerra de las estructuras.

EMILIO SERRANO VILLAFANÉ.

MEHL, Roger: *Sociedad y amor (Problemas éticos de la vida familiar)*. Fontanella. Barcelona, 1968. 225 págs. (Trad. de Juan Estruch).

Esta obra, escrita por un pastor protestante, profesor de la Facultad de Teología protestante de la Universidad de Estrasburgo, demuestra muchas cosas: en primer lugar, que ha existido y sigue existiendo una simbiosis profunda y progresiva entre los diversos cristianismos centro-europeos para bien de todos ellos; que existe además una convergencia sustancial entre muchas de sus dimensiones básicas; que subsisten múltiples rencillas y malentendidos recíprocos sin verdadera justificación, al menos en el orden de los principios; que tienen una importancia muy real, aunque no siempre insalvable, las divergencias existentes entre ellos en el orden de los principios básicos, sobre todo los relativos a la antropología y ética «natural», a la ascética y a la interpretación de las Escrituras, además de los rigurosamente dogmáticos.

Una primera conclusión sustancial de todo lo anterior es la siguiente: el ecumenismo es una empresa decisivamente importante que exige

la contribución intensa de todos; pero no es en sí mismo una meta, sino un camino. Es decir, que «a priori» lo más urgente es un clima de diálogo, de autenticidad y de apertura a cuantos piensan de un modo no enteramente igual al nuestro. Pero la primera exigencia radical del ecumenismo es ésta: vivir con plenitud e intensidad cualitativa nuestro propio credo y moral religiosa; en el «espíritu» es donde nos encontraremos mejor unos y otros y donde más difuminadas quedarán diferencias accesorias. Es decir, que también el ecumenismo empieza en los propios círculos de vida más inmediatos, exigiendo en ellos la mayor apertura, autenticidad, plenitud de religiosidad y diálogo y comprensión en lo opinable o accesorio.

Desde estas perspectivas, podemos constatar que el contenido concreto de esta obra es enteramente positivo incluso para el católico instruido, siempre y cuando se sepan superar minucias y hasta ciertos resabios anticatólicos, de tono menor generalmente, que el autor deja traslucir a veces.

Reducida a lo esencial esta obra es esencialmente un intento de «aggiornamento» de la moral cristiana familiar (sustancialmente «ecuménica» o «católica», aunque presentada bajo moldes protestantes, preferentemente luteranos); sus puntos básicos de referencia son dos: las aportaciones de la fenomenología espiritualista francesa—representada especialmente en este libro por Jean Lacroix—en torno al «Ser familiar» o realidad plenaria de la familia; las aportaciones de la sociología moderna, que ha puesto en evidencia cambios sustanciales en la realidad y funcionamiento de todas las estructuras y sistemas de acción social del hombre, desde el nacimiento del liberalismo y el socialismo especialmente. Desde estas dos coordenadas, las afirmaciones de Mehl suelen estar provistas de una jugosidad y capacidad de sugerencia realmente excepcionales. La evolución social e institucional entraña en sí múltiples riesgos—es decir, posibilidades que podemos utilizar en bien o en mal—y «retos» a la familia en su misma realidad y en sus funciones específicas: todo lo intrafamiliar entraña una red complejísima de funciones y valores que hay que integrar entre sí para que se logre el equilibrio conveniente. Lo más difícil sigue siendo siempre el encontrar mantener el equilibrio dinámico y multifuncional que lo familiar exige en cuanto auténtica matriz que es de lo humano, de lo personal e incluso humano-divino del hombre. La familia ha quedado reducida a una comunidad integrada por tres comunidades concéntricas y que tienen que equilibrarse mutuamente de modo conveniente para que el todo familiar funcione del modo más conveniente: comunidad conyugal, comunidad padres e hijos, comunidad entre hermanos. Todos los problemas de función y fin de la familia quedan matizados decisivamente por esta interpenetración múltiple. La vida y realidad personal, el ser y función del propio cuerpo, de la carne y del sexo, del amor hay que verlos también desde ese ángulo.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.